

Introducción LA ERA EXPANSIONISTA

En los implantes académicos de los centros de enseñanza federales, se suelen distinguir dos periodos bien diferenciados de la llamada Era Expansionista: el primero es posterior a la Era Atómica, el colapso de las redes informáticas, los oscuros años de cruentas guerras y las llamadas Décadas Imperiales.

Tras lograr una paz que, sólo unos años atrás habría parecido una quimera, durante casi un milenio, no faltaron quienes se prestaban voluntarios para embarcar en enormes y pesadas naves que afrontaban la titánica e incierta empresa de buscar mundos habitables, viajando a ridículas velocidades que no llegaban a la de la luz; la que todavía se consideraba una barrera infranqueable. En los archivos federales constan no menos de dieciocho mil aparatos mal acondicionados y que disponían de medios escasos para afrontar más que probables procesos de terraformación.

Aquellos héroes —simplemente, locos, según el parecer de la mayoría— no pudieron llegar demasiado lejos, aunque, a causa de la dilatación temporal que se produce a velocidades próximas a la de la luz y los medios de que se disponía en aquella época, hubo que esperar al descubrimiento de los viajes hiperespaciales para saber qué había sido de ellos. Acababa de nacer el segundo periodo de la Era Expansionista o, como solía denominarse también, la Era Moderna.

Pudiendo recorrer un año luz en apenas cincuenta horas, no resultó complicada la toma de contacto con las colonias supervivientes; aquellas que habían tenido la fortuna de arribar en planetas en los que vivir, a pesar de que hubo quienes tuvieron que hacerlo en condiciones apenas soportables para el Ser Humano.

En las bases de datos federales, no se tiene constancia de que exista ningún asentamiento que no hubiera sido visitado.

Sin embargo, con la posibilidad de viajar a velocidades mayores que la de la luz, el horizonte se amplió de una forma inimaginable y, así, durante tres milenios y medio más, siguieron partiendo naves de la Tierra en busca de planetas en los que una heterogénea mezcla de vividores, aventureros y soñadores esperaban iniciar una nueva vida, aunque, en aquella ocasión, se beneficiaban, no sólo de la posibilidad de viajar a velocidades

impensables para sus antepasados, sino también de los avances técnicos logrados con el paso de los siglos

Con la entrada en escena de las puertas dimensionales, comenzaron a planearse otras formas de colonización, menos frecuentes pero con más posibilidades de éxito: aquellas que portaban el material necesario como para construir una puerta dimensional que les permitiese viajar de forma instantánea a la Tierra o cualquier otro planeta que contase con esa tecnología. Los que no podían permitírselo, contaban al menos con una puerta de comunicación que les mantenía en contacto con cualquier sistema avanzado. Los días en que las expediciones se despedían y era probable que no se supiera nada más de ellas hasta pasadas varias decenas de años —o, quizás, nunca más— habían pasado a la historia.

Sin embargo, se perdió contacto con muchas de las naves que partieron durante el periodo que abarca desde la llegada del viaje hiperespacial hasta el descubrimiento de las puertas dimensionales y las de comunicación.

Se trataba de grupos que partían sin un rumbo preestablecido o basándose en meras especulaciones, y hay que reconocer que no fueron demasiados los proyectos en los que se dedicaron recursos a saber qué había sido de aquellos valientes.

Durante los siglos posteriores, se localizaron multitud de colonias, claro, pero no aquellas que habían partido hacia sectores menos frecuentados en la actualidad.

En lugares inexplorados de la Galaxia, era más que probable que el Ser Humano hubiera llegado varios milenios atrás. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Habrían llegado a fundar sociedades que hubieran alcanzado un alto grado de evolución tecnológica y social? ¿Podría darse el caso de que se hubiese producido una regresión en algunas de ellas? ¿Cómo serían esas sociedades, desconectadas del resto durante milenios?...

Capítulo I LA NOCHE

Mirena había esperado a que transcurriese el tiempo suficiente como para asegurarse de que todos, salvo los encargados de la vigilancia, estuvieran dormidos.

Mientras pasaba el tiempo con una lentitud exasperante, había aprovechado para untar su cuerpo con el preparado de almizcle que habría de evitar que las temibles bestias-planta nocturnas vieran en ella un jugoso manjar y decidiesen atacarla en grupos de cientos de individuos hambrientos.

Sabía que estaba completamente prohibido abandonar la zona de seguridad de la ciudad por la noche, pero no podía evitarlo; era como si una misteriosa e invisible fuerza tirase de ella.

Aun así, habría sido imposible realizar sus esporádicas escapadas nocturnas de no haber sido porque la casualidad —el destino o alguna misteriosa fuerza— había hecho que hubieran caído en sus manos años atrás unos antiguos planos de la ciudad, en los que aparecían descritos los túneles que atravesaba para acceder al exterior sin necesidad de utilizar las puertas que existían a intervalos regulares de la muralla defensiva, cerradas a cal y canto durante el periodo nocturno.

Como tantas y tantas otras noches, recorrería aproximadamente seis kilómetros a pie, en la oscuridad y por un terreno desprovisto de caminos, para permanecer tan sólo unos minutos, como mucho media hora, en la Colina Prohibida; el lugar en el que se encontraban restos de lo que, posiblemente, había sido un asentamiento de los Siervos de los Dioses.

Se decía que todos los vestigios de la época en la que los Siervos habían morado en su mundo se remontaban a miles de estaciones de cosecha en el pasado, y no debían andar muy descaminados los sabios que lo aseguraban a tenor del estado en el que se encontraban las ruinas: semienterradas, prácticamente inaccesibles y cubiertas de vegetación. Apenas era posible especular acerca de uso de las salas a las que se podía acceder ni la utilidad de los pocos objetos que habían resistido el paso del tiempo.

Mirena percibía a su alrededor una gran tranquilidad. Aquello era una inmejorable sensación, y sabía que podía fiarse de su intuición, porque

sabía desde que tenía uso de razón de que era uno de los pocos poseedores de “el poder oscuro”.

Al parecer, siempre había habido personas como ella; malditas para el resto y condenadas desde tiempos inmemoriales a ser despojadas de aquello que les hacía distinto a los demás.

Al menos, en la época en la que le había tocado vivir, no se ajusticiaba a quienes se les descubría “el poder oscuro”, ni tampoco se les abandonaba por la noche en los bosques para que perecieran en manos de las bestias-planta nocturnas. Por suerte para ella y para quienes portaban los mismos poderes malditos, aquellas prácticas eran cosa del pasado.

Sin embargo, si alguien descubría su condición, sería sometida a una delicada operación mediante la que se cauterizaba un área concreta del cerebro; aquella en la que se había comprobado que se desarrollaban los poderes que convertían a algunos en seres distintos a los demás. Lo más normal era que el individuo no arrastrase más secuelas que vivir el resto de su vida sin el equivalente a uno de sus sentidos, pero, a pesar de que las prácticas más bárbaras y deshumanizadas habían pasado a la historia hacía mucho, algo podía salir mal y sufrir daños cerebrales irreversibles.

A Mirena no le asustaba el riesgo de la operación, sino verse privada de algo con lo que había nacido y le hacía ver el mundo de una manera especial. Afortunadamente, ya que ni el ser hija de la reina de Almasán le habría librado del tratamiento, el temor a los portadores del “poder oscuro” le había enseñado desde que tuvo uso de razón a fingir que era como los demás y a no utilizar sus poderes ni siquiera cuando se encontraba sola.

Siempre se había preguntado si alguno de sus cuidadores o su propia madre habrían sospechado algo durante su infancia, pero, o bien decidieron no delatarla o cambiaron de opinión al comprobar que hacía y decía las mismas cosas que el resto de los niños de su edad. Quizás, habían ayudado a mantener su secreto las decenas de antiguas leyendas que asociaban el nacimiento de un portador de “el poder oscuro” con tormentas eléctricas especialmente violentas o noches en las que los estech salvajes se hubieran mostrado inusualmente inquietos, rompiendo el silencio con sus escalofriantes aullidos.

Se miró en el espejo antes de salir de su habitación; nada de lo que veía le hacía sentirse distinta a los demás. No se consideraba ni mejor ni peor que cualquier otro habitante de Almasán ni, por supuesto, pensaba que percibir de otra manera su entorno fuese una maldición o la convirtiese en un enemigo de su pueblo. Quienes la conocían la consideraban una buena persona, aunque, si supieran cómo era en realidad, pasaría inmediatamente a ser vista como un ser vil que servía a la oscuridad. Era algo que jamás entendería...

Abrió con cuidado la puerta de sus aposentos y se asomó para comprobar que, tal y como le indicaba su desarrollada sensibilidad, no hab-

ía nadie en el pasillo. Seguramente, no era una casualidad que el camino para acceder a los túneles que comunicaban con el exterior transitase por estancias apenas frecuentadas; no le constaba que la distribución del palacio hubiera sufrido cambios de importancia desde la lejana época de su construcción.

Probablemente, la existencia de una vía secreta de escape respondía a unos años ya olvidados en los que las guerras y luchas por el poder habían hecho necesario idear una forma de escapar para los nobles caídos en desgracia o que corriesen grave peligro. Con la llegada de la Era de las Reinas y el orden dispuesto en los Reinos Humanos, aquellos túneles debían de haber perdido su utilidad y, con el paso de los años, se había terminado por olvidar su existencia.

Al encontrarse en el área destinada a los individuos de mayor clase social, el acceso que utilizaba se encontraba relativamente próximo, aunque debía descender por una escalera de servicio en la que siempre temía ser descubierta sin que nunca se le hubiera ocurrido una excusa lo suficientemente convincente como para justificar que anduviese por allí.

A pesar de que la electricidad podía haber llegado sin problemas hasta el palacio desde hacía algunos años, por razones que se le escapaban a Mirena, aunque sospechaba que eran de carácter religioso, todas sus estancias, pasillos, almacenes y escaleras estaban iluminadas mediante lámparas de aceite o antorchas, que eran inspeccionadas y renovadas varias veces al día. La razón debía encontrarse en un atavismo del pasado y recomendaciones de las sacerdotisas, que habían hecho que únicamente se hubiera utilizado tan novedoso descubrimiento para la iluminación de la muralla exterior y la construcción de algunos rudimentarios motores que se utilizaban para la extracción de agua y que sí se beneficiaban de la energía eléctrica.

La escalera por la que bajaba estaba apenas iluminada por pequeñas antorchas, distribuidas cada ocho o diez metros, por lo que el ambiente era oscuro y lúgubre.

Mientras descendía despacio, evitando hacer el más mínimo ruido, tuvo la sensación de que alguien se dirigía hacia ella...

Se detuvo y permaneció atenta; efectivamente, se escuchaba un sonido muy tenue de pasos no demasiado lejos de su posición.

Casi conteniendo la respiración miró a su alrededor buscando un lugar en el que ocultarse. No quería retroceder por miedo a hacer ruido o encontrarse con otra persona y verse atrapada. Un par de metros más arriba vio una pequeña hornacina que debía utilizarse siglos atrás para colocar algún tipo de adorno u objeto, quizás relacionado con la antigua veneración a los Dioses de la Noche. El hueco tenía menos de cincuenta centímetros de profundidad y era a todas luces insuficiente para ocultar a una persona normal, pero no a Mirena.

Subió en silencio y procuró situarse en la parte menos iluminada y que resultase menos visible para alguien que se dirigiera hacia ella desde abajo. El sigilo con el que se movía el que utilizaba la escalera, lejos de delatar la incursión de alguien ajeno al palacio o que pretendiese hacer algo reprochable, parecía obedecer a un encargado de mantenimiento, acostumbrado a no perturbar el descanso de la familia real o sus invitados; era sin duda la forma de andar de quien se ha habituado a pasar desapercibido mientras realiza su trabajo.

Se concentró en los pasos y calculó mentalmente en qué momento el extraño llegaría hasta el punto más cercano a ella en el que todavía no fuera capaz de verla.

Cuando estuvo segura de que se encontraba tres o cuatro pasos de donde ella había calculado, cerró los ojos mientras pensaba en la antorcha que ardía un par de metros más arriba. Cuando su mente “vio” la antorcha, no le costó provocar una súbita y local alteración de la presión del aire, que hizo que el fuego se consumiese de repente.

—¡Vaya! —escuchó murmurar para sí al hombre, mientras encendía una especie de mechero— Otra antorcha defectuosa; había cambiado todas las de esta escalera esta tarde. Me van a oír los de la sala de producción. Ya van con ésta cuatro que se apagan solas en menos de dos días.

Cuando pasó a la altura de Mirena, la propia luz que portaba y que se dirigiera directamente hacia el lugar en el que se encontraba la antorcha apagada impidieron que se fijase que había una persona oculta en la hornacina junto a la que pasaba.

No se entretuvo demasiado y enseguida cambió la antorcha por otra nueva que tomó de una mochila que llevaba a la espalda. Una vez hubo terminado, siguió ascendiendo si volver la vista atrás, a pesar de lo que Mirena esperó hasta estar segura de que se encontraba lo suficientemente lejos como para no ser descubierta.

La escalera conducía a la zona de mantenimiento situada en el sótano, en un sector poco transitado, salvo por encargados como el que había tenido la desgracia de encontrarse. Tras cerciorarse de que no había nadie por los alrededores, Mirena se aproximó a una de las paredes e introdujo sus dedos en unos agujeros disimulados con la destreza de quien ha hecho algo varias veces y está seguro del resultado.

No se escuchó ningún sonido ni pasó nada frente a ella, pero sabía que acababa de liberar el acceso que se ocultaba tras una columna, a sus espaldas.

No le extrañaba que nadie hubiera dado por casualidad con los túneles de salida; resultaba prácticamente imposible sin los planos y explicaciones que obraban en su poder sospechar que las hendiduras que acababa de manipular activaban un mecanismo en el otro extremo de la sala y no precisamente en el lugar en el que se encontraban.

Deslizó la columna, no sin dificultad, hasta lograr la abertura justa para permitirle el paso, mientras agradecía en silencio que el lugar no hubiera sido destinado a un uso específico que hubiese obligado a restaurarlo o estuviese más frecuentado.

Recordó la sensación de pánico que sintió el primer día, cuando la columna volvió a su lugar original y se preguntó si el mecanismo que permitía que se abriese desde dentro seguiría funcionando después de tanto tiempo. Bien pensado, podía ocurrir que el sistema terminase por fallar estando ella dentro. Alejó aquellos pensamientos de su mente y se animó pensando que iba a visitar una vez más las ruinas de la morada de los Siervos de los Dioses de la Noche.

De la bolsa que portaba, tomó una pequeña tea y un encendedor que se apresuró a utilizar para librarse de las tinieblas que la rodeaban. Frente a ella había otra escalera, labrada toscamente en la piedra y que presentaba inequívocos síntomas de no haber sido mantenida ni limpiada en muchos años.

Acostumbrada al tenebroso camino, comenzó a bajar rápidamente, sabiendo que no iba a encontrar obstáculo alguno ni el terreno se lo iba a impedir.

Al cabo de varios minutos de descenso, el camino se volvió recto y ella aligeró el paso, aunque teniendo precaución porque sabía que llegaba un punto en el que la humedad hacía más resbaladiza la roca sobre la que caminaba.

El túnel se prolongaba durante unos setecientos metros y terminaba a cincuenta de la muralla defensiva, justo en la zona en la que ésta estaba más cerca del palacio, atravesando a muchos metros de profundidad el barrio más humilde de la ciudad, en el que se hacinaban los trabajadores de las minas exteriores y los desafortunados que, no teniendo una profesión aceptada por ninguno de los gremios oficiales, tenían que dedicarse a lo que buenamente se les ofreciera, sin poder renunciar a ningún trabajo y sabiendo que habría épocas en las que no tendrían a qué dedicarse.

Quizás, en la época en la que se construyó el acceso, también allí se encontraba la clase más baja de la ciudad, por lo que era menos probable que una obra de saneamiento o los cimientos de una gran construcción deterioraran el túnel o lo dejaran al descubierto. De todas formas, según opinaba Mirena, la profundidad era demasiada como para que existiese ese riesgo, aunque, había que reconocer que el pasadizo secreto llevaba siglos sin venirse abajo y sin que nadie hubiera dado con él.

La salida se encontraba en una zona elevada de piedra y libra de vegetación, y la manera de accionarla era similar a la de la entrada, en el palacio. Una vez más se preguntó qué mente privilegiada habría ideado un sistema de contrapesos tan duradero y capaz de mover moles de un peso considerable de forma exclusivamente mecánica. ¿Habrían sido los Siervos

de los Dioses? No, ella sabía que habían aprendido de sus amos el secreto de la manipulación de la materia y la energía, y los accesos se habrían esfumado como por arte de magia al accionar los pulsadores en lugar de tener que empujarlos para que se deslizaran.

Desde la altura de dos metros en la que se encontraba, antes de bajar hasta el nivel del suelo, vio bajo la tenue luz de la antorcha que portaba y la que emitía Ares, el satélite que habían puesto los Dioses de la Noche en el firmamento de su mundo, a no menos de una docena de bestias-planta nocturnas que debían de haberse percatado de su presencia. Las notaba presas de una gran inquietud, pues, a pesar de que el olor de la mujer les era familiar y lo asociaban con una presa, el almizcle hacía que sintieran un gran rechazo por ella. Como les sucedía a la mayoría, le impresionaba más su silencio y precisos movimientos que si se hubieran tratado de animales corrientes que aullasen o emitiesen algún tipo de sonido. Sus ojos fluorescentes parecían querer clavarse en ella como puñales, pero se rehízo y bajó con seguridad, dispuesta a visitar una noche más la morada de los Siervos.

Intentó no pensar que estaba rodeada de bestias-planta y evitó mirar a los extraños y peligrosos seres. Dotados de una visión adaptada a la oscuridad, sus costumbres eran nocturnas, tanto por la ventaja que suponía acechar a sus presas en condiciones de iluminación desfavorables para éstas como por el grave daño que la luz provocaba en sus ojos. Por ello, la muralla defensiva de la ciudad, y principalmente los accesos, más vulnerables, estaba salpicada de focos —éstos sí eran eléctricos— que, a pesar de no ser excesivamente potentes, bastaban para cegar y mantener alejadas a las bestias-planta.

Aunque se tratase de animales, según los baremos que manejaban los biólogos reales, la forma cilíndrica de su cuerpo, unida a su piel rugosa y de color marrón oscuro, les daban el aspecto de troncos de árboles dotados de movimiento. A ello ayudaba el hecho que, tanto sus dos extremidades inferiores, como las superiores, que oscilaban entre cuatro y seis pares, pareciesen ramas, ya que, además de ser del mismo color, carecían de articulaciones, pudiéndose doblar por cualquier punto.

De una altura media de apenas un metro y medio, no se caracterizaban por su agilidad, aunque ésta la paliaba un desarrollado sentido del olfato y el hecho de cazar en grupo, aplicando por instinto algunas rudimentarias estrategias que podían poner en serios aprietos incluso a varias personas armadas. Durante el día, solían permanecer inmóviles, en un estado similar al sueño, en lugares boscosos que les permitieran pasar desapercibidos, resultando peligrosos únicamente si se sentían atacados, en cuyo caso, se revolvían con violencia al desenvolverse en un ambiente iluminado que les era hostil.

La primera noche, había estado a punto de desistir tras comprobar que las bestias-planta parecían debatirse entre su instinto y la repulsión que

les producía el olor del almizcle, pero confió en Breda, la anciana curandera, que le había proporcionado el secreto sin preguntar para qué iba a utilizarlo.

Sabiendo el camino que le quedaba por recorrer, bajó del alto rocoso en el que se encontraba y comenzó a correr con agilidad, dejando a sus espaldas la muralla de la ciudad.

Aunque de apariencia frágil, Mirena poseía una excelente forma física, e incluso se sentía bien pudiendo hacer ejercicio en una noche fresca y despejada como aquella.

No recorría sendas ni habría sido capaz de mantener esa velocidad únicamente guiada por el recuerdo de las veces que había acudido a las ruinas de los Siervos, pero, una vez más, su instinto, el mal llamado “poder oscuro”, hacía que fuera capaz de desplazarse en la semipenumbra como si hubiese sido completamente de día.

Llegó a su destino jadeando, aunque se repuso enseguida; todavía quedaba ascender casi hasta la parte superior de la colina que tenía ante sí, donde estaba el único acceso que conocía.

En apenas cinco minutos, estuvo ante la entrada. La primera impresión era que se trataba tan sólo de un saliente de roca, pero, mirando atentamente, se apreciaba que se trataba de un material desconocido, de textura firme y aspecto metálico. Del mismo modo, saltaba a la vista que en su día había formado parte de una estructura lisa, que el tiempo había terminado por romper hasta darle el falso aspecto de un material natural. No se apreciaba, sin embargo, ningún tipo de la erosión que, aunque mínima, debía de haberse producido durante siglos de exposición a la intemperie, ni tampoco crecía en ella ni un ápice de musgo. Los muros del palacio que habitaba, a pesar de estar contruidos con materiales de excelente calidad y ser mucho menos antiguos, sí presentaban señales del paso del tiempo.

Algún terremoto debía de haber terminado por romper la estructura de la que en su día había sido la morada de los Siervos de los Dioses, que, quizás, ocupaba toda la colina, aprovechando bóvedas naturales o, en una muestra de su tremendo poder, cuevas y túneles excavados en la roca.

Se introdujo por la abertura y recorrió con seguridad el pasillo que sabía que conducía a la zona mejor conservada que conocía. La estructura había terminado por ceder y todo estaba lleno de polvo y suciedad, permaneciendo la mayoría de los lugares por los que transitaba bloqueados por los desprendimientos. El material era extraordinariamente resistente, pero, pensaba Mirena, no parecía que los bloques desprendidos tuvieran el grosor adecuado. Únicamente la primera vez que les “vio” supo que aquél era un asentamiento inicial que un grupo de Siervos habían construido para fundar otra colonia independiente.

Bien pensado, si el lugar en el que se encontraba era el equivalente a un campamento provisional, no podía ni imaginar el tamaño ni la solidez

de los definitivos. Lástima que en su reino y todos los que conocía estuviese terminantemente prohibido acercarse a cualquier vestigio de aquellos que, según las leyendas, habían creado a los humanos obedeciendo las órdenes de sus amos: los Dioses de la Noche.

Como en otras ocasiones, sintió un escalofrío recorrerle la espalda; percibía algo, como si hubiera quedado un soplo de energía procedente de los miles de seres que habían habitado allí en el pasado. Suponía que, al igual que era capaz de intuir la presencia de las personas, los que allí habían vivido, mucho más poderosos, habían dejado su impronta, y ésta perduraba después de tanto tiempo.

Nunca había intentado despejar el camino allí donde parecía más fácil hacerlo por miedo a provocar un derrumbe. Algo le decía que, incluso los lugares en los que la estructura parecía más sólida, existía un alto riesgo, y no hacía falta acceder a otras estancias para observarles tal y como se habían desenvuelto en vida.

Llegó a la sala en la que solía concentrarse. Antes de sentarse sobre una especie de caja polvorienta, imposible de abrir, y cuya utilidad se le escapaba, procedió a revisar los objetos que había ido recogiendo del suelo y había depositado en un rincón.

No sabía para qué podrían haber servido ninguno de ellos, aunque le gustaba mirarlos y jugar a darles un nombre e imaginar una utilidad para cada uno.

Ninguno parecía tratarse de una obra de arte o representación, así como tampoco había visto jamás estatuas o bajorrelieves; los Siervos de los Dioses eran muy peculiares en ese aspecto.

Colocó una especie de vaso de gran tamaño que había recogido por el camino y, tras un último vistazo a su colección de objetos desconocidos, se retiró unos pasos. Se sentó y cerró los ojos, relajándose. Pasados un par de minutos, volvió a abrirlos y vio a los Siervos moverse a su alrededor...

No tenía muy claro si sus poderes, malditos para los suyos, le hacían viajar en el tiempo o era que todo lo que ocurría en un lugar quedaba, por decirlo de alguna manera, grabado y únicamente alguien como ella era capaz de verlo. El caso era que si realmente se transportaba al pasado, no lo hacía físicamente, pues los Siervos que pululaban por la sala acertaban en ocasiones a pasar a través de su cuerpo sin que mostrasen síntomas de sentir algo.

Las paredes, oscuras y sucias hasta el momento, se habían tornado de un hermoso color hueso, mientras que su colección de objetos había desaparecido, al tiempo que otros enseres, todos limpios y relucientes, aparecían en escena.

El lugar debía tratarse de alguna sala destinada a controlar la actividad de la colonia, y los Siervos que la ocupaban parecían tener bastante

autoridad, pues tomaban decisiones y hablaban de temas que, aunque Mirena no comprendía muy bien, parecían importantes.

La primera vez que les vio, se desilusionó al comprobar que su aspecto era idéntico al de los humanos que poblaban su mundo, pero, tras el primer instante de sorpresa, dedujo que, cuando los Dioses de la Noche les habían ordenado crear a las criaturas como ella, debieron hacerlo a su imagen y semejanza. De todas formas, aunque de idéntico aspecto, era seguro que habían poseído unos poderes y una inteligencia inimaginables si, como decían las leyendas, controlaban las fuerzas de la naturaleza y eran capaces de crear vida.

Sus ropas parecían muy cómodas, y eran de colores alegres y formas imposibles; incluso las de algunos emitían una suave luz o reflejos, como si estuvieran hechas de cristales que reflejasen la luz a su antojo y de forma aleatoria.

Como hija de la reina de Almasán, Mirena había recibido una cuidada educación, por lo que juzgaba aquello que veía desde la perspectiva de alguien con una gran cultura. Por ello, no se le escapaban detalles como que la luz no partiese de un lugar concreto, o que, en ocasiones, los Siervos se reuniesen alrededor de imágenes tridimensionales que parecían surgir de la nada y que eran tan nítidas y poseían tanto detalle que habrían servido para confundir a cualquiera, haciéndole creer que lo que veía era completamente real.

En aquella ocasión, los Siervos tenían gesto grave y parecían preocupados. Miraban una de aquellas imágenes con detenimiento en silencio. Por desgracia, Mirena no sabía si la escena era posterior a las que ya había presenciado.

—Es inevitable —dijo uno de ellos, quizás el de más edad y el que parecía tener más autoridad que el resto—. No hay cura.

Aunque la pronunciación era distinta, y utilizaban algunas palabras cuyo significado se le escapaba, el idioma era muy parecido al de su pueblo, lo cual no le extrañaba; al fin y al cabo les habían creado, al parecer, a su imagen y semejanza.

—¿Cómo puede ser? —preguntó otro con la voz quebrada— Tan-
tos avances para nada... Me resisto a creer que no podamos detener la enfermedad.

—No hay solución —intervino de nuevo el primero—. Nuestros científicos han llegado a la misma conclusión que los de la colonia principal. No ha servido de nada apartarnos de ellos; el castigo de los dioses, por haber osado venir a perturbar su morada no puede detenerse.

—¡No son los dioses, joder! —exclamó uno señalando la imagen con su dedo índice— ¡Es sólo una maldita enfermedad para la que los inútiles de nuestros médicos no encuentran cura!

El que parecía estar al mando, se volvió lentamente y, de improviso, le propinó una fuerte bofetada.

—Son los dioses, blasfemo. Lo único que podemos hacer es reunir a los niños que han demostrado que son inmunes a la enfermedad. Que no la hayan contraído precisamente los pequeños es una señal: debemos empezar de cero y abandonar la tecnología y adelantos que han ofendido a las deidades de este extraño y bello mundo. ¡Preparadlo todo! Les llevaremos a un lugar apartado, bajo la supervisión de adultos de confianza que les transmitan únicamente nuestro idioma y los conocimientos mínimos como para no perecer y multiplicarse como desean los dioses; sin la soberbia que ha terminado con nosotros. En lugar de adaptarnos al orden natural que aquí imperaba, nos empeñamos en cambiar la faz de esta tierra sin saber que ya tenía dueño. Los niños se integrarán en la Naturaleza, que acoge a quienes aceptan formar parte de ella sin intentar cambiarla.

—¿Y cuando esa nueva sociedad avance y se tecnifique?

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Puede que el prosperar aquí, aceptando las leyes que rigen el planeta, les proporcione la bendición de los dioses que lo gobiernan. No lo sé —repitió—. También puede ocurrir que, cuando alcancen cierto grado de avance tecnológico y social, también perezcan. Nosotros no podemos hacer más; nuestra nave no puede ser reparada y estamos atrapados en un planeta que no nos ha aceptado. En unos años, habremos desaparecido...

De repente, la escena cambió y Mirena se encontró de nuevo en las polvorientas y milenarias ruinas de la morada de los Siervos de los Dioses de la Noche, en su propia época, aunque, en aquella ocasión, se sentía aterrada y confundida ante la idea de que, en lugar de ser creados por ellos, su raza descendiera de aquellos niños que parecían haber abandonado para que crecieran ajenos a los adelantos que ellos poseían...